

Capítulo XX

“Ella”

Estoy recogiendo lo que dejaste atrás.

Otra vez.

Como todos los días.

Me quedo detrás de ti y ahora que lo digo suena tan romántico, pero nunca lo fue... Ya no me parece una película o una novela.

Lavar las tazas de café que abandonas por toda la casa no se siente ni bien ni mal. Es otra cosa que hacer, cómo recoger el cenicero que dejas en lugares tan extraños para mí, ¿Por qué junto a la jabonera de nuestro baño, pegado a la esquina? Es como si intentaras esconderlo, como si el olor no me alertara que estuviste fumando otra vez. O detrás de esos horribles chocolates que compraste y nunca te comiste, que por alguna razón escondiste detrás de las pocas tazas que quedan en la alacena. Ahora uso vasos para tomar café.

Eres tan usual.

Es tan cotidiano encontrar papeles de tu trabajo sobre la mesa de la cocina, manchados de todo y apenas legibles. Las fotos de muerte y destrucción apiladas en la mesa de noche... la mesa de mi lado, de nuevo, por razones que no entiendo. Dejé de poner mis lentes ahí, pero tampoco es un reclamo. Eso me obliga a pararme de la cama y caminar hasta el baño por ellos. Estando ahí, parada en el baño es más difícil quedarse dormida, es más difícil llegar tarde al trabajo y volver a escuchar a mi jefe que la productividad va decayendo, que estoy muy distraída, que debo tomarme las cosas más en serio.

Cosas que ya no importan realmente.

Recojo tu ropa sucia del suelo.

Todos los días hago el mismo recorrido: en la entrada el saco, en la cocina la corbata, algunas veces la camisa, pero por lo general la encuentro cerca de nuestro baño. El pantalón al pie de la cama.

Todos los días.

Día a día.

Pero no me molesta.

Puede sonar extraño, pero es la parte favorita de mi día. Como si te tuviera otra vez presente, frente a mí.

Junto a mí.
Conmigo.

Me sigo preguntando porqué tu sudor no me molesta, esa combinación tan extraña, que huele a todo y nada a la vez, pero termina por llevarme otra vez allí...a casa. A veces me imagino que así debe oler el sol.

¿Por qué?
¿Por qué ni eso me molesta de ti?

Como si me negara a aceptar lo que pasa, donde estamos ahora.
Como si pensara que cuando llegues y cruces la puerta, mientras tiras el saco otra vez, me mirarás y así, sin decirme nada, sabré que las cosas cambiaron.

Que todo mejoró.

Y entre más avanza el día, entre más te acercas otra vez a mí, menos presente te siento. Es como si recordarte fuera la única forma de tenerte, pero la sensación desaparecerá en cuanto entres a la cocina y fumes un cigarro y le des otro trago a la botella que siempre dejas junto a la cafetera.

Te darás cuenta que queda poco, y sacarás todo eso en tí para voltear y decirme:

¿Hay otra?

Y tu sabes que sí y yo sé que sí, pero da lo mismo si te contesto, ni siquiera vas a esperar a que responda cuando ya tendrás otra entre tus manos, tirando el plástico protector de la tapa y sirviendote esta vez un vaso a tope que te llevarás contigo a tu recorrido.

Intentaré leerte, saber cómo te fue sin decir nada, pero me encontraré nuevamente con lo mismo. Una mirada perdida que parece atravesarlo todo sin fijarse en lo que hay alrededor o sin siquiera notar lo que tuvo que destrozar para poder pasar. Es como si nos vieras a todos como sombras y humo.

Te veré desde el pasillo.

Estarás desnudándote en el cuarto mientras te quejas sobre tu jefe y tus compañeros, sobre cómo todo va en una sola dirección y qué sentido tiene seguir haciendo o intentando, si todo termina igual. Me dirás otra vez que nada se resuelve nunca, que las cosas por más distintas que sean de lo que eran ayer, siguen siendo las mismas.

Seguirás.

Y seguirás.

Y seguirás.

Y cuando menos me doy cuenta ya saliste de bañarte y vas por tu tercer trago, y a pesar de que parezcas mejor, más tranquilo, menos obsesionado, yo seré quién ahora se siente vacía.

Aterrada y sin saber qué hacer con todo lo que has dicho.

Y comienzo otra vez a creerte sin que sea mi intención, pero eso pasa siempre con tu voz. Lo absorbe todo, desaparecen ahí todas las cosas a tu alrededor, incluida yo, mientras continúo preguntándome cómo podemos salir de todo esto y si realmente vale la pena intentarlo.

Pero no llegaré a nada otra vez, más que al mismo hueco que siento en el pecho y que me asusta, porque inmediatamente pienso que hay algo muy, pero muy mal en mí.

Para cuando estemos sentados en la mesa dejaré que tu voz me atraviese al igual que tu mirada, y será entonces que te dejaré de escuchar. Me quedaré mirando, asintiendo y tratando de no quedarme dormida, mientras me imagino otro tipo de vida.

La que siempre te dije que quería.

Me aferro a mi misma porque siento que si me descuido, ese pozo oscuro que has hecho detrás de ti podría arrastrarme por completo y me pasaría algo similar a lo que alguna vez me contaste: olvidarme de qué era lo que quería, caminar mis días en automático como una máquina sin función.

No es existir.

Supongo que es simplemente...estar.

Haremos en algún punto el amor.

Me besarás y pasaré mi lengua sobre tus labios. Besaré esa parte de la esquina de tu boca que siempre rasuras mal, pero que se ha convertido en el refugio de mi boca. Y a pesar de lo que ha pasado, de las personas que llegaron de mi lado y de tu lado, parece que seguimos disfrutándolo. Incluso más. Con una tranquilidad, un cinismo si lo quieres llamar así, que nos relaja y nos aleja de husmear en el celular del otro.

Ya ni siquiera damos razones para sospechar.

Miraremos al techo y de repente me dirás las formas que ves, y yo te llevaré la contraria sin esforzarme tanto.

Y en algún punto encenderás la radio y pondrás esa estación que sabes que me gusta, pero que ya no recuerdas tampoco que me gusta y pones por mera rutina.

Pero lo agradeceré todas las veces.

Te confrontaré como suelo hacerlo, sin saber porqué exactamente y sintiéndome algo culpable por arruinar el momento, uno donde ambos podemos estar en paz. Pero es como si esa misma paz me permitiera volver a oír aquello que me estuvo matando un poco más durante todo el día, toda la semana...toda esta vida.

Vas a gruñir, vas a patalear debajo de las sábanas, como si quisieras irte corriendo de regreso al trabajo.

Pero no lo harás.

Te quejaras, pero te quedarás junto a mí. Podré sentirte cada vez más y más pegado, fundiendo tu calor con mi piel fría. Levantarás la voz y yo también, nos diremos todo lo que ya nos hemos dicho, regresaran tus deslices y los míos, el pasado entrará otra vez a nuestra habitación y nos mirará a ambos, desnudos sobre la cama, preguntándose por qué no se va alguno de los dos.

Llorarás de rabia.

Yo de dolor.

Y no llegaremos a nada.

Siempre es una apuesta, al menos para mí, saber quién se quedará dormido primero. No porque algo se haya resuelto, ni para bien ni para mal, sino porque alguno sucumbirá al cansancio.

El que se quede despierto lo pensará mucho antes de levantarse a fumar y beber algo. Hace mucho que dejé de fumar. Prefiero la botella que dejas siempre a medias, antes de volver a comprar otra.

Pero no me siento mal.

Nada de esto me resulta doloroso ni ofensivo.

Todo lo contrario.

El día termina cuando nos dormimos.

Cuando despierto, si es que logro dormir, y te veo junto a mí, te siento y huelo tu cabello, tu cuerpo, tu lado de la cama y me cuesta cada vez más y más dejarte. Alejarme corriendo de ti y tus problemas, del miedo que te tiene congelado en una esquina, de tu vacío que parece hacerse más grande y de ese enorme dolor que llevas.

Porque no hace falta que me lo digas cuando lo puedo ver en ti. Sé lo que has hecho y por lo que has pasado, lo que te han hecho hacer. Sé que puedes dormir y roncar, pero que a la mañana siguiente vas a despertar como si nunca hubieras dormido.

Tu cansancio y derrota no es el alcohol que bebes por las noches.

En ti, dentro de ti, pasa algo distinto.

Algo lleva crujiendo, destruyéndote cada vez que cruzas la puerta y me miras e intentas sonreír y decir lo más tranquilo que puedes: "Hola".

Sé que lo intentas. Que te esfuerzas por que esto funcione, por funcionar, por dejar todo atrás...pero no me engañas, no engañas a nadie a pesar de que también sé que no es tu intención.

Y sé que los mensajes que llegas a mandar durante el día o cuando te acuerdas de mí, eres tú esforzándote. Que las pequeñas escapadas esporádicas a los lugares que he mencionado eres tú intentando.

Que ahora, después de tanto tiempo, puedo sentirte más presente en todo, no sólo cuando hacemos el amor.

Pero no basta.

No es suficiente.

Y no es que tú no seas suficiente...

Es sólo...

Otras noches te escucharé roncar y otras serán mis ronquidos los que me levantan y me doy cuenta que no estás en la cama. Te escucho caminar de un lado a otro, dando pequeños golpes a la pared, hablando solo.

Te escucho decir cómo sería mejor resolver esta o tal cuestión del trabajo, te escuchó recitar lo que supongo le contarás mañana a tus compañeros, te escucho recriminar todo lo que haces mal o hiciste mal durante el día.

Te escucho llorar desesperado, porque ya no sabes como salir de donde te has metido. Le dices a Dios o a ti que ya no puedes, que por favor termine todo, que te despidan, que te suspendan, que te dejen ir.

Pero tu llanto no le va a llegar a Él.

No llegará a nada, más que a mí que tampoco sabré qué hacer.

Porque al siguiente día, nos volveremos a levantar. Tu antes que yo, yo antes que tu. Te bañarás y dependiendo de cuanto te tardes esta vez seré yo o serás tú quien haga el desayuno.

Últimamente eres tú y a veces me pregunto si realmente está cambiando algo, si nos iremos lejos de aquí y podremos simplemente ser tú y yo, sin el horror de todo lo que has visto.

Pero no llegaremos de nuevo a nada. Terminaremos de comer en silencio.

Silencio que lejos de doler es tan cómodo, tan usual, tan...cálido.

Este es nuestro hogar.

Me plantarás un beso en la frente y no sentiré ya nada.

Te oleré, cada vez menos, mientras sales por la puerta, mientras me prometes que no llegarás tan tarde, que podríamos ver una película. Te voy a sonreír mientras me sirvo más café y cuando por fin escuche la puerta cerrarse...cuando finalmente el ruido del motor de tu coche se haga diminuto, voy a ir por la camisa que dejaste en el suelo y me quedaré en la cama oliendote.

Faltaré al trabajo, otra vez.

No lloraré.

Ya no hay mucha razón.

Me quedaré así, esperando a que el día avance, a que el sol se vuelva naranja, a que el tiempo se me venga encima y sienta esa presión por hacer todo de nuevo.

Yo también lo intento.

Tal vez no como lo hice tantas veces antes, pero te juro que lo intento.

Trato de estirar lo más que puedo.

De recordarme una y mil veces que te amo sin importar las cosas, lo que ha pasado y la vida que hemos tenido.

Estiro el tiempo recordando siempre lo que nunca he olvidado.

Porque te sigo queriendo, pero ya no tiene sentido.

Y por más que intente llevarte conmigo o aferrarme a ti, sé que sabes tan bien como yo que no pudimos ganar esto. Nos superó el final y hasta ahora caigo en cuenta que no fue culpa de nadie.

Da igual eso.

Mi amor por ti es infinito...

Pero yo no.